

to del día, irritado á pesar de la jovialidad y la gracia de su compañera, veía su esperanza alejarse cuando había creído estar tan cerca del puerto.

Marchaba lentamente, no atreviéndose á despegar los labios, y entregado por completo á sus reflexiones tristes.

Á su mente acudían pensamientos de odio contra todos los que rodeaban á Germana. Odiaba mortalmente al duque de Rochebonne.

Acusaba al señor Perrolet de oponerse á sus deseos. Le había visto hablando largamente en la tienda con Germana. Debía haber hablado de los rumores que corrían acerca de su proyecto. Adornarían á Perrolet toda clase de buenas cualidades, pero no por eso dejaba de ser hombre. Á los ojos de Josselin, todo hombre que viviese cerca de Germana no podía substraerse á su influencia y no podía dejar de amarla. Perrolet había hecho desistir de su matrimonio á la segunda de las modas, porque le contrariaba. Con su oratoria, tan temida por todos los empleados, le había abrumado, detallándole los inconvenientes del matrimonio, haciéndole objeciones que ella á su vez repetiría en el restaurant, y que antes nunca le habían pasado por la imaginación.

Empezaba á roerle una rabia sorda. Se parecía á un perro dogo al que le arrancan la presa con que contaba y que tenía ya entre las mandíbulas. El cazador furtivo de Servoz se despertaba con el solo pensamiento de que esta muchacha tan linda, tan dulce, tan envidiada de todos se le escapaba, y que él sería el objeto de irrisión, después de haber sido envidiado por todos sus camaradas.

Envolvía á Germana en su cólera; la tachaba de caprichosa y de cruel.

Cuando, sentado al lado de ella en el vagón que los conducía á París, se le presentaba la ocasión de persuadirla, dulcificando su actitud, hizo todo lo contrario, guardando un silencio feroz. No volvió á decirle ni una palabra, á pesar de las frases cariñosas de la adorable muchacha, que quería hacerse perdonar su excitación, su negativa, que acaso obedecía á su instinto, á la lucha entre sus sentimientos humanos, de los que era juguete y de los que debía de ser la víctima.

Cuando llegaron, á eso de las diez de la noche, á la puerta de su casa, un antiguo hotel de la calle de Sourdiere, en el momento de separarse, fué ella la que con voz cariñosa dijo:

— Buenas noches, Andrés.

Él contestó secamente:

— Buenas noches, señorita.

VIII

DIPLOMACIA DE UN NEGRO

SI, al bajarse del tren en la estación del Norte, los dos paseantes hubiesen estado menos preocupados, podrían haberse fijado en un criado del color de una estatua de bronce, vestido con librea oscura, el cual, después de haberlos esperado en Chantilly, había tomado un billete para París, subiéndose en el vagón vecino, colocándo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO DE VES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



... les había visto bajar del tren y les fué siguiendo á distancia.

se en la portezuela. Al llegar á París, les había visto bajar del tren y les fué siguiendo á distancia, como una barca llevada á remolque por un vapor.

Este lacayo tenía una fisonomía de garduña con aires de simio, y en cuyas facciones, que parecían de un engendro, se adivinaban la truhanería y las disposiciones más excelentes para la intriga.

Adicto en cuerpo y alma á la duquesa, á quien servía con la fidelidad de un perro, lo había traído de Constantinopla á Milán el padre de la italiana, adonde fueron con una misión secreta en los momentos de la guerra de Rusia.

Aquel tunante no se sabía de dónde venía. Él mismo lo ignoraba. Desde su primera juventud anduvo errante por las calles de Constantinopla, como uno de esos perros abandonados que pululan por bandadas en aquella inmensa y sucia ciudad.

Creía acordarse que había nacido en el fondo de la Persia, en esas regiones indecisas que confinan con la India inglesa, pero no estaba seguro. Hablaba corrientemente toda clase de lenguas y no sabía ninguna. Ignoraba su edad y no podía decir si tenía quince años ó cuarenta. Era imposible decir cuántos lustros habían pasado por aquella cara arrugada, alumbrada por dos ojos negros, que por la noche tenían un reflejo de fuego, casi fosfóricos como los de los felinos.

Era realmente feo, y, sin embargo, todos se acostumbraban muy pronto al trato de este ser en quien la inteligencia se veía en una mirada, que parecía comprenderlo todo y decirlo todo, sin recurrir á la palabra.

Su dueña le había puesto el nombre de Yago, no se sabe por qué, sin razón, por capricho, acaso por su aire de pequeño traidor de comedia.

Yago vió distintamente á Germana pararse enfrente de su casa, cambiar dos palabras con su acompañante y desaparecer por la puerta cochera, que se cerró detrás de ella.

Yago escribió rápidamente sobre su carnet:

—Calle de la Sourdiere, 37.

Después, con un cigarrillo entre los labios, cuyo extremo encendido brillaba sobre su cara como un carbón en una caverna, adoptando el aspecto de un paseante que vaga por las calles, volvió á emprender su camino á treinta pasos de Josselin.

Josselin marchaba lentamente con la cabeza baja; parecía que iba hablando consigo mismo.

No hay nada más lúgubre que París los domingos en las horas avanzadas de la noche, durante las cuales parece que el gas alumbraba menos que los demás días de la semana.

Veíase á los paseantes rendidos por el cansancio entrar en sus casas medio á oscuras, solos ó en pequeños grupos, llevando el marido en sus brazos al niño, al único niño que alegra el hogar de los empleados parisienses, dormido profundamente y en una postura de laxitud y abandono completos.

De trecho en trecho aparecía un borracho golpeándose contra las paredes, en ese estado de embrutecimiento humillante del ser que no sabe ni adónde va ni lo que hace.

A Josselin le producía profundo disgusto el espectáculo que le ofrecían aquellas gentes de aire cansado y derrengadas que no se hablaban casi

más que por monosílabos, con el mal humor que sigue á una decepción.

También él venía de sufrir una muy amarga.

Había salido lleno de alegría, enajenado ante la perspectiva de un paseo delicioso, en compañía de una muchacha hermosa, con la mano de ella entre las suyas, sintiendo ambos los mismos deseos, ambos con las mismas aspiraciones, dispuesto á ser su sostén y á asociarse á su destino para toda la vida. Al menos él lo había supuesto.

Y volvía, como los otros, deshecho, anonadado.

Aquella Germana que había juzgado tan buena, tan amante, tan sencilla y dispuesta á casarse, para evitarle un tormento, una pena, se parecía á las otras.

Estaba hecha del mismo barro que todas. Aquella criatura angelical era como las quinientas muchachas de la tienda, como todas las mujeres de París y del globo, ligera, coqueta. Aquella mariposa de alas brillantes iba hacia las llamas de las luces, como sus iguales, como las falenas, esas mariposas nocturnas que se debaten contra los vidrios como idiotas.

Sin embargo, aquella Germana se reservaba algo íntimo. Los deberes del matrimonio, el temor de una vida modesta, la asustaban. Hacía dengues; calculaba; tenía puestas más altas sus miras.

No recorría el velo de sus ambiciones, pero las tenía secretas.

Todos los planes de Josselin, todos sus proyectos se habían venido á tierra. Su cántaro de leche, lo mismo que el de Perrette, se había roto. Había edificado sobre arena el castillo de sus ilusiones, y se hundía.

Volvió la calle del Bac, entró en la de Varennes, y de allí ganó la extremidad de la calle de Vaneau.

Se paró enfrente de una casa antigua de modesta apariencia.

Eran las once. La puerta estaba todavía abierta.

Yago esperó un momento en la acera de enfrente, vió al cajero coger su palmatoria, saludar á la portera, que estaba sentada tomando el fresco, y subir las escaleras.

Entonces entró en la casa.

Llevaba en la mano un pañuelo blanco.

—Un señor acaba de entrar aquí—dijo.

La portera era una mujer vieja. Levantó las gafas y examinó al *groom*.

—En efecto, un señor joven: ¿qué le quieres?

—Me he encontrado este pañuelo en la puerta, algunos pasos detrás de él.

—¡Ah!

—¿Quiere usted entregárselo?

—Dámelo.

—¿Cómo se llama?

—¿Á ti qué te importa eso?

—Es por las iniciales, una G y una R.

—No es suyo. Se llama Andrés Josselin.

Y prudentemente dijo:

—Dámelo de todos modos.

Examinó la batista, que era de la mayor finura.

—¡Peste!—dijo ella.—¡Un pañuelo de príncipe! ¡Y una corona! No es de él; el señor Josselin no tiene corona. Muchas gracias, pequeño. Siempre me servirá para alguna cosa. ¿Estás colocado?

—Sí.

—¿En casa de quién?

—En casa de una duquesa.

—¿Se llama?

—¡Se lo diré! ¡No soy tan reservado como usted! Es la señora duquesa de Rochebonne, en el boulevard San Germán.

—Que yo sepa, no hay dos—dijo la portera engallándose;—no necesitas darme las señas. La conozco tan bien como tú.

—¡Ah!—dijo Yago intrigado.

—¡Buena casa, pequeño, buena casa! No la dejes ni por otra mejor. Mi marido fué portero del hotel mientras vivió el duque viejo. Ya se han muerto los dos. Siempre se acaba por ahí, que sea blanca como una parisienne ó negra como tu piel. Desde entonces me han metido en esta choza. Esta casa es del señor duque.

—¡Qué casualidad!—pensó Yago.

Y dijo en voz alta:

—Verdaderamente es gracioso lo que me sucede; ¡entrar en una de nuestras casas! Ya volveré á verla, señora...

—Señora Joseph. Muchas gracias por tu pañuelo, pequeño; pero no es de M. Josselin. ¡Figúrate! ¡Un cajero! ¡Si tuviese el dinero de su patrón; enhorabuena!

—¿Quién es su patrón?

—El señor Bouret, el del Bazar de San Germán. Un millonario. No hay más que éstos que hagan negocio. Debían de llamar su tienda *¡La Gran Ganancia!* Siempre sucederá lo mismo. Á los pequeños se los tragarán los grandes, como los peces por los tiburones. Buenas noches. Voy á cerrar la portería. Todo el mundo ha entrado ya, y el que se retrase, peor para él. Llamarán, y si no estoy muy dormida, tiraré del cordón. Ven por aquí. Hablaremos del duque y de la señora. ¡Bue-

na gente y muy rica! ¡Esos no tienen necesidad de poner achicorias en el café! ¡Buenas noches, negro!

—Buenas noches, señora Joseph.

Yago se marchó alegre, casi orgulloso. Había cumplido su misión satisfactoriamente.

Esta coincidencia agradaría á su ama, que debía tener sus miras particulares. No sabía cuáles, no se preocupaba en averiguarlas; pero, fuesen cuales fueren, le obedecía ciegamente.

Se puso debajo de un mechero de gas y escribió para no olvidarlo:

Calle Veneau, 86.

Andrés Josselin.

Cajero en casa del señor Bouret.

Y con paso ligero fué á meterse en su cama, en el quinto piso, debajo del tejado, en el magnífico hotel de sus amos, en donde se durmió con el sueño de los justos después de un día bien empleado.

IX

LA CARTA

GERMANA entró en su habitación. La portera le había entregado una carta, llegada en el último correo dos horas antes que la muchacha.

Germana había mirado el sobre y no reconocía la letra.

¿De dónde vendría aquel billete? Tenía pocas relaciones, y éstas escribían rara vez. La colocó sobre la chimenea, no atreviéndose apenas á tocarla, como si adivinase en su contenido alguna desgracia.

Después de encender una lámpara, cuya luz atenuaba una pantalla de encaje crudo, se desnudó sin darse prisa.

El cuarto de Germana estaba en el cuarto piso de una casa antigua, cuya construcción debía remontarse á los días de la Fronda, en los tiempos del cardenal Mazarino.

En aquella época construían bien.

La escalera de piedra, cuyos peldaños estaban gastados en el centro por el uso centenario, era de tales proporciones, que se hubieran podido hacer habitaciones en los descansillos.

Los pisos tenían, por lo menos, quince pies de elevación; y si bajaban en el tercero, era con dignidad y sin perder diez y ocho pulgadas de su altura.

Por la puerta del cuarto de Germana hubiera podido pasar cualquier matrona del siglo XIV con el más descomunal tocado de los que llevaban las damas de entonces, sin tener que inclinarse.

La madera de la puerta era de roble macizo y de un espesor capaz de resistir á los ultrajes del tiempo y á las acometidas de la polilla que atacaban las construcciones de carpintería ligera.

La casa se componía de dos piezas: el cuarto de dormir y un espacioso gabinete-tocador, donde se hubiese podido alojar una familia.

Todo estaba amueblado con sencillez: una cama